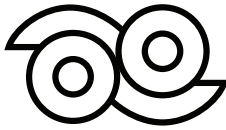


El caso Dora



El caso Dora

Fragmento de análisis
de un caso de histeria

Sigmund Freud

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Prólogo de François Robert

Amorrortu editores
Buenos Aires - Madrid

El título original en alemán de la presente obra de Sigmund Freud, cuyos derechos se consignan a continuación, figura en la página 35.

© Copyright de las obras de Sigmund Freud, Sigmund Freud Copyrights Ltd.

© Copyright del ordenamiento, comentarios y notas de la edición inglesa, James Strachey, 1953

© Copyright de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa, Preses Universitaires de France, 2006

© Copyright de la edición castellana, Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7° piso - C1057AAS Buenos Aires, 1976, 2012

Amorrortu editores España S.L., C/López de Hoyos 15, 3° izq. - 28006 Madrid

www.amorrortueditores.com

Traducción directa del alemán de las obras de Sigmund Freud: José Luis Etcheverry

Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson

Traducción de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa: Horacio Pons

Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto

Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 978-950-518-863-5

ISBN 978-2-13-058140-6, París (edición francesa)

Freud, Sigmund

El caso Dora. Fragmento de análisis de un caso de histeria. - 1ª ed. - Buenos Aires : Amorrortu, 2016.

184 p. ; 21x12 cm.

Traducción de: José Luis Etcheverry

ISBN 978-950-518-863-5

1. Psicoanálisis. I. Etcheverry, José Luis, trad. II. Título.

CDD 150.195

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en septiembre de 2016.

Tirada de esta edición: 3.000 ejemplares.

Índice general

- 9 Características de esta edición
- 11 Lista de abreviaturas
- 13 Prólogo, *François Robert*
- 33 Fragmento de análisis de un caso de histeria
(1905 [1901])
- 35 Nota introductoria, *James Strachey*
- 41 *Fragmento de análisis de un caso de histeria*
- 41 Palabras preliminares
- 51 I. El cuadro clínico
- 105 II. El primer sueño
- 137 III. El segundo sueño
- 157 IV. Epílogo
- 169 Bibliografía e índice de autores
- 175 Índice alfabético

Características de esta edición

La selección de escritos de Sigmund Freud de la que forma parte este libro se basa, esencialmente, en la edición de sus *Obras completas* publicada por nuestro sello editorial, entre 1978 y 1985, en 24 tomos, cuyos textos reproduce exactamente. Esta nueva versión —que en cada volumen presenta uno de los trabajos de mayor relevancia del autor austríaco, o bien reúne escritos más breves referidos a la misma temática— se ve enriquecida por el significativo aporte de un equipo de especialistas que tuvo a su cargo la publicación de las obras completas de Sigmund Freud en lengua francesa, bajo la dirección de André Bourguignon, Pierre Cotet y Jean Laplanche. Cada libro comienza con un pormenorizado prólogo de uno de aquellos, en el cual se exponen análisis, reflexiones y comentarios sobre la obra o temática tratada y se entrecruzan referencias a otros trabajos de Freud; y en los propios textos de este se introducen notas a pie de página con apuntes lexicográficos, históricos, literarios, etc. En algunos volúmenes se incorporan, asimismo, breves textos inéditos.

Esta edición incluye: 1) Los escritos de Sigmund Freud, traducidos directamente del alemán por José Luis Etcheverry¹ y cotejados con *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*,² edición a cargo de James B. Stra-

¹ La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften* (Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34), a la que siguieron las *Gesammelte Werke* (Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52). Para la presente traducción se tomó como base la 4ª reimpresión de estas últimas, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75).

² Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74.

chey. 2) Comentarios de este último previos a cada escrito. 3) Notas a pie de página de Strachey (entre corchetes, para diferenciarlas de las de Freud), en las que se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 4) Notas a pie de página entre llaves (identificadas con un asterisco en el cuerpo principal), que se refieren, las más de las veces, a problemas propios de la traducción al castellano. 5) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey consideró indispensables para su correcta comprensión. 6) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular o, tratándose de verbos, en infinitivo). 7) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 8) Índice alfabético de autores y temas, al que se le suman, en ciertos casos, algunos índices especiales (p. ej., «Índice de sueños», «Índice de operaciones fallidas», etc.).

Las notas a pie de página de los traductores franceses aparecen separadas de las correspondientes a Freud y Strachey y a la traducción castellana, y con numeración independiente (el número respectivo se consigna entre paréntesis tanto dentro del texto como en la nota propiamente dicha).

Antes de cada trabajo de Freud, se mencionan sus sucesivas ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.³

³ A este fin, entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 169.)

- AE* Freud, *Obras completas* (24 vols.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.
- BN* Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.*
- EA* Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.
- GS* Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.
- GW* Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.
- OCP* Freud, *Œuvres complètes Psychanalyse* (21 vols.). París: Presses Universitaires de France, 1988-.
- RP* *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943-.
- SA* Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

LISTA DE ABREVIATURAS

- SE Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.
- SKSN Freud, *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre* (5 vols.). Viena, 1906-22.
- SR Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.
- Vier Krankengeschichten* Freud, *Vier psychoanalytische Krankengeschichten*. Viena, 1932.

Prólogo

François Robert

La sesión del 31 de diciembre de 1900 será la última. Dora le anuncia a Freud que no volverá. «Usted sabe que siempre tiene la libertad de retirarse. Pero hoy trabajaremos todavía. ¿Cuándo tomó usted la decisión?». «Hace catorce días, creo». La asociación siguiente es de Freud. «Suenan», responde este, «como si se tratase de una muchacha de servicio, de una gobernanta; un preaviso de catorce días». La frase es muestra de una notable presciencia, porque reclama la revelación inesperada que determina todo el resto de la sesión (cf. *infra*, págs. 149-53). Lo que podría haber sido no más que una escena de ruptura se convierte en una escena teatral, en la que una última derivación le permite a Freud resolver la intriga con una larga exposición de su versión de los hechos. Dora no cede. «Yo sabía que ella no regresaría. Fue un inequívoco acto de venganza el que ella, en el momento en que mis expectativas de feliz culminación de la cura habían alcanzado su apogeo, aniquilase de manera tan inopinada esas esperanzas».

La conclusión teórica que Freud extraerá de esta interrupción prematura conservará el viejo nombre de «transferencia» (que ya aparece en los *Estudios sobre la histeria* y *La interpretación de los sueños*), pero que Dora ha «transferido» a él la venganza que estaba destinada a otro (el señor K.) es algo que sólo se dirá de manera explícita en el epílogo, escrito más adelante, en el intervalo que separa la primera redacción y la publicación en 1905. Por ahora, en esta última sesión, la primera conclusión de Freud sólo concierne a Dora y a él mismo: «Usted se despide de mí como una gobernanta, con un preaviso de catorce días». Su respuesta a la interrupción pre-

matura del análisis será la redacción precipitada de la historia del caso. Al escribir la reseña de este «en las dos semanas subsiguientes», según sus propias palabras (pág. 48, *n.* 7), Freud se despide a su vez de Dora, como se despide a una doméstica o una gobernanta. Sin olvidar darle también un nombre de gobernanta. «Dora» —el nombre y la historia del caso— es en parte el resultado de la contratransferencia.

La tradición psicoanalítica retendrá de Dora, ante todo, su acto de venganza. Tras los pasos de Freud, Jones, a quien hay que citar aquí con exactitud, no vacila en escribir: «Dora era una criatura desagradable [*a disagreeable creature*], que prefería sin falta la venganza al amor; ese mismo motivo la llevó a interrumpir de manera prematura el tratamiento».¹ Durante mucho tiempo, la joven será la malquerida del psicoanálisis, hasta que otras voces se eleven para asumir su defensa. El primer proceso intentado contra ella (por la ofensa cometida en perjuicio de Freud y el psicoanálisis) no podía sino exigir su contrapartida: la rehabilitación de Dora y, por reciprocidad, el proceso intentado contra Freud (por la ofensa cometida en perjuicio de ella y las mujeres).

Tan inmutable es la fuerza del relato de este análisis, desde hace más de cien años, que como primer gesto nos incita a tomar partido por uno o por otra. Y escapar a esta trampa es muy difícil, porque el análisis de Dora se lleva adelante como un enfrentamiento entre el analista y la histérica. Dora se muestra desde siempre recalcitrante a cualquier tratamiento médico. «Todo intento de consultar a un nuevo médico provocaba su resistencia, y también a mí acudió movida sólo por la palabra autoritativa del padre» (pág. 59). La palabra autoritativa del padre será relevada por la de Freud, que no cesará de develar el secreto (sexual) de Dora.

¹ Ernest Jones, *La vie et l'œuvre de Sigmund Freud*, 2, París: Presses Universitaires de France, pág. 23 {*Vida y obra de Sigmund Freud*, 2, *Los años de madurez, 1901-1919*, Buenos Aires: Hormé, 1989}. La traducción francesa es más moderada: «Dora tenía un carácter difícil. . .».

Esta lógica del enfrentamiento perdura incluso en el Epílogo y en el relato que Freud hace de su último encuentro con Dora, quince meses más tarde (fines de marzo de 1902). «Demandaba mi ayuda por una neuralgia facial, del lado derecho». Lo que Freud lee en ese nuevo síntoma de conversión —del cual parece pensar, además, que ha sido fabricado para la ocasión— son las huellas del autocastigo y del remordimiento por la bofetada asestada al señor K., así como el desaire que le ha infligido también a él al interrumpir el análisis (pág. 168). A la pregunta de Freud acerca de cuánto hace que apareció la neuralgia, Dora responde: «Desde hace justamente catorce días». No se sabe aquí cuál es el más astuto de los dos. Freud, al hacer la pregunta, obtiene una respuesta que lo satisface: «hace catorce días», es decir, cuando apareció en la *Wiener Zeitung* la noticia de su nombramiento como *Professor extraordinarius*. Pero la pregunta reproduce la que había abierto la última sesión, y Dora, al recordar la despedida, da en el blanco. Así termina una relación que vira del enfrentamiento inicial al «combate», hasta asumir la dimensión grandiosa de una «lucha» con el demonio. En el momento de clausurar la historia del caso, Freud sólo retiene del análisis las mociones hostiles movilizadas en la transferencia. «Quien, como yo, convoca los más malignos demonios que moran, apenas contenidos, en un pecho humano, y los combate, tiene que estar preparado para la eventualidad de no salir indemne de esta lucha» (pág. 154). Al romper, Dora fue y siguió siendo para Freud el demonio no domado del todo.

Los síntomas de Dora son los habituales en una «pequeña histeria». La situación en la que está metida la joven es mucho menos habitual. Podría caber en dos palabras: entre su padre y el señor K. se ha concertado un «pacto» y ella se ha convertido en un «objeto de cambio». Si esas dos palabras no figuraran en el discurso de Dora, la situación denunciada por ella sería, en resumidas cuentas, bastante convencional: un padre que mantiene una relación con una mujer casada y que cierra

los ojos a la «conducta» del marido de esta con su propia hija. La verdad, cree Dora, es que ella ha sido efectivamente «entregada» por su padre al señor K. Ella es el «precio» a pagar para que su padre prosiga sus «relaciones» con la señora K. La prueba de ello es la «propuesta amorosa» del señor K., dos años antes, durante la escena al borde del lago...

Las palabras entre comillas son de Dora, o, para decirlo con más exactitud, las palabras de Dora transmitidas por Freud, puesto que la joven, en ese lugar del texto, todavía no ha tomado directamente la palabra. Freud se la ha dado en primer lugar al padre. Sólo él tiene derecho a las comillas del discurso directo. Cuando se trate de la «otra parte», Freud retomará la palabra y pasará al discurso indirecto (pág. 64). ¿Acaso pretende mostrar que no es responsable de las palabras del padre y que estas sólo pertenecen a él? No por ello el dispositivo adoptado por Freud es menos sorprendente; la palabra de Dora, desde el inicio, parece así dos veces confiscada: puesta en duda por el padre y luego incluida en la de Freud. Esta palabra desdoblada genera también un efecto perturbador: en algunas páginas, cuando Freud, al hablar de Dora en tercera persona, alude inopinadamente, no a su padre (*Vater*) o su madre (*Mutter*), sino a papá (*Papa*) y mamá (*Mama*), ya no se sabe muy bien quién habla.

Cuando le otorga directamente la palabra a Dora, Freud lo hace para confrontarla con su discurso, que tanto por su indeterminación como por su extrema precisión constituye un síntoma. «No puedo pensar en otra cosa» (pág. 94). ¿En qué? En lo que llama indistintamente «relaciones», «relación» o «comercio» de su padre con la señora K. En esta primera acusación contra el padre, ella puede decirlo todo acerca de las diferentes estrategias que han usado los dos amantes —«no había lagunas en su memoria sobre este punto» (pág. 70)—, pero carece de certezas en cuanto a la naturaleza exacta de su «comercio» (*Verkehr*): ¿un comercio simplemente amistoso, amoroso o sexual? Y, en este último caso, ¿de qué índole, si el padre, como ella cree, es impotente?

A la inversa, en la acusación lanzada contra el señor K., centrada en la escena a orillas del lago, Dora se mantiene evasiva. «No me resultaba fácil, por lo demás, guiar la atención de mi paciente hacia su trato con el señor K.» (pág. 70). Hasta la última sesión, en la cual cobra vida, la escena al borde del lago es una escena detenida, reducida a algunos elementos: los avances del señor K., la bofetada de Dora, el hombre que queda «plantado». La escena se malogra y nada surge de ella. Freud escribirá más adelante: «Incontables veces me empeñé en traer al análisis esa vivencia, pero mi exhortación directa nunca conseguía sino la misma descripción mezquina y lagunosa».²

Ya se trate de su detallada acusación contra el padre o de su descripción lagunosa en la acusación contra el señor K., hay algo que «el trabajo conceptual no puede resolver». Dora sufre de un trastorno del pensamiento, o, más exactamente, de un «itinerario de pensamientos» consciente demasiado intenso, que «debe su refuerzo a lo inconsciente» (pág. 95) y no puede ser ni «destruido ni eliminado». En el resto del capítulo, Freud se empeñará en esa tarea, a lo largo de una demostración irrefutable en la que saca a la luz la historia amorosa secreta de Dora y vuelve contra ella las acusaciones planteadas contra el padre y el señor K. Freud invoca en este caso el modelo de la «devolución al remitente». Frente a su padre y a la señora K., Dora es remitida a sus propias mociones amorosas y celosas, así como frente al señor K. es remitida a sus propios «pensamientos de tentación».

Al final de esta larga exposición, Dora, que era la querellante, se convertirá en la culpable: cómplice de las maniobras de su padre y simuladora ella misma, que se vale de su enfermedad como instrumento de poder. Del estatus de muchacha habrá de pasar al rango de mujer, una mujer enamorada, su-

² Sigmund Freud, «Contribution à l'histoire du mouvement psychanalytique», *OCP*, 12, pág. 253 {«Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914*d*), *AE*, 14, pág. 10}.

plantada y celosa. Enamorada del señor K., enamorada de su padre, enamorada de la señora K., Freud deduce como conclusión su amor «que antes fue consciente» (pág. 104) por el señor K.: «todos esos años ella había estado enamorada del señor K. Cuando le formulé esta conclusión, no tuvo aceptación alguna de su parte» (pág. 76). Freud revelará a continuación el amor infantil de la muchacha por el padre, un amor «renovado en fecha reciente» a efectos de sofocar el que siente por el señor K. «No me acuerdo de eso», responde Dora, pero una ocurrencia es entonces para Freud la confirmación indirecta de lo que ha sostenido (págs. 97-8), a la espera de la que aportará el primer sueño (pág. 105). El texto alemán da otra confirmación de ese amor infantil reprimido (*verdrängt*) por el padre. En realidad, con la entrada en escena de la señora K., no era su madre sino ella «la suplantada {*verdrängen*} de más de una posición» (pág. 97). No sólo de su posición de confidente y enfermera, sino de su posición reprimida de enamorada edípica. Con esta mujer que «la había desalojado {*verdrängen*} del lugar que ocupaba junto» a su padre (pág. 98), Dora, además, había mantenido durante largo tiempo una relación de complicidad. Freud terminará por comprender que Dora ocupaba, asimismo, otra posición aún más reprimida: la de enamorada de la señora K.

Sobre ese amor homosexual de Dora por la señora K., Freud dice, en una nota del epílogo, que «no atin{ó} a coleccionar{lo} en el momento oportuno y comunicárselo» a la joven. Las últimas páginas del primer capítulo (págs. 100 y sigs.) también se escribieron sin duda *a posteriori*. La «dificultad nueva» que representa esa corriente homosexual en Dora, «la más fuerte de las corrientes inconscientes de su vida anímica», es un *complemento*, como los que ella aporta a sus sueños, y exige una atención particular. «En mujeres y muchachas histéricas cuya libido dirigida al hombre ha experimentado una sofocación enérgica, por regla general, hallamos reforzada vicariamente, y aun consciente en parte, la libido dirigida a la mujer» (pág. 101). Con el pretexto de esta primera

explicación teórica general, Freud vuelve al amor sofocado por el señor K. El amor renovado por el padre era ya un «síntoma reactivo» (pág. 98); el amor homosexual de Dora sería también un simple amor sustitutivo (vicario) y reactivo (reforzado).

La explicación psicoanalítica se propone en un segundo tiempo. «La moción de celos femeninos [Dora celosa, como una mujer, de la señora K., que le había arrebatado a su padre] estaba acoplada en el inconsciente con unos celos como los que sentiría un hombre [Dora celosa, como un hombre, de su padre, que le había arrebatado a la mujer amada]»* (pág. 104). Esta penúltima proposición puede someterse a otras variaciones, por el lado de la identificación con el señor K. y con el padre. Lacan ha dado varias versiones de lo que puede ser el deseo de la histérica en el caso de Dora: por ejemplo, que esta se esfuerza por «sostener el deseo del padre, por procuración»,³ o intenta «aceptarse como objeto del deseo del hombre».⁴

La última proposición es también la última frase del capítulo. «Estas corrientes de sentimientos varoniles o, como es mejor decir, *ginecófilos* han de considerarse típicas de la vida amorosa inconsciente de las muchachas histéricas». Freud interrumpe aquí la crónica amorosa de Dora. Lo que merece seguirse, en cambio, es el término «ginecófilo», utilizado por él las dos veces en que se trata de la homosexualidad de Dora. Esta nueva denominación —siempre enigmática— «dice mejor» y más que «homosexualidad masculina», pero dice menos que «homosexualidad femenina».

* {Las inserciones entre corchetes en las citas de Freud son de F. Robert.}

³ Jacques Lacan, *Le séminaire, Livre XI, Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse* (1964), París: Seuil, 1973, pág. 38 {*El seminario de Jacques Lacan. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. 1964, Buenos Aires: Paidós, 1986}.

⁴ Jacques Lacan, «Intervention sur le transfert», en *Écrits*, París: Seuil, 1966, pág. 222 {«Intervención sobre la transferencia», en *Escritos 1*, 10ª ed., México: Siglo XXI, 1984}.

Ahora bien: la ginecofilia de Dora hace eco a la de otra paciente de Freud, la señorita L. G., que es «ginecófila en su capa más profunda», y «de ahí que sean posibles las imágenes masculinas como síntomas».⁵ El tratamiento de L. G., iniciado en diciembre de 1899, se extenderá hasta 1901. Con ella hay buena sintonía. Freud no deja de mencionarla en sus cartas a Fliess; la invita una tarde entera a Bellevue (carta 249), después de haberle regalado poco tiempo antes (carta 246) «una pequeña cajita de hierro para que guardara sus tesoros», así como el señor K. le regala a Dora «un costoso alhajero» y una «cajita para guardar la correspondencia» (pág. 153, n. 25). La identificación de Freud con el señor K. tal vez encuentre en ello su razón profunda: ¡Ah, si Dora tan sólo hubiera sido, según el ejemplo de la señorita L. G., menos recalcitrante con el señor K. y conmigo mismo. . .!

Dora había sido la confidente de la señora K., que no le ocultaba nada de las «dificultades de su vida matrimonial». ¿Cómo pudo la joven, se pregunta Freud, amar al hombre de quien la señora K. hablaba tan mal? Sin embargo, ese «problema psicológico» disimula otro, mucho más inquietante para él: ¿cómo pudo Dora, entonces, seguir apegada a su querida amiga, luego de que esta la hubiera «traicionado y denigrado» (pág. 103)? En el relato freudiano, la señora K. es la figura verdaderamente amenazante, en un principio seductora y después «calumniadora» (pág. 149, n. 20). Ha sido la fuente del saber sexual de Dora (pág. 166, n. 7), para ser luego «la causante de su desdicha» (pág. 103). Un nombre basta para mostrar hasta qué punto es peligrosa la señora K. a los ojos de Freud: un nombre inesperado en el lugar donde surge. La complicidad que unía a las dos mujeres, destaca Freud, redundaba también en interés de la señora K., que gracias a la muchacha podía liberarse de sus deberes familiares, si no conyu-

⁵ Sigmund Freud, carta 240, 23 de marzo de 1900, en *Lettres à Wilhelm Fliess, 1887-1904*, traducción de F. Kahn y F. Robert, París: Presses Universitaires de France, 2006 {*Cartas a Wilhelm Fliess, 1887-1904*, traducción de J. L. Etcheverry, Buenos Aires: Amorrortu, 1994, pág. 445}.

gales. Freud prosigue sin transición: «Medea [la señora K.] se avino enteramente a que Creusa [Dora] se congraciase con los dos niños [de los K.]; y tampoco hizo nada para estorbar la relación del padre de los niños con la muchacha» (pág. 102).

En la época de su «mayor confianza», por lo tanto, Dora y la señora K. habían compartido el dormitorio, del que habían «desterrado» (*ausquartiert*) al señor K. (*idem*). El marido —el hombre— también puede ser desalojado. En una nota relativa al primer sueño (pág. 108, *n.* 7), Freud, valiéndose de su saber sobre la simbólica sexual, recuerda, «sin decírselo todavía a Dora», que la habitación (*Zimmer*) representa con bastante frecuencia a la mujer (*Frauenzimmer*, palabra que en alemán designa de manera un tanto peyorativa a esta). En consecuencia, la mujer puede estar «abierta» o «cerrada», y es «bien notorio», prosigue Freud, «cuál es la “llave” que abre en este caso». Pero elude la significación literal de *Frauenzimmer* (habitación de las mujeres). Hay habitaciones donde el hombre no entra: el sector de las mujeres, el gineceo.

En contraste, Freud insistirá mucho en lo que respecta al amor de Dora por la señora K. La acusación que la primera hace contra la segunda disimula su propia tentación: «la tentación de mostrarse complaciente con el hombre» (pág. 115), «ceder a su [propia] tentación» (pág. 112), «entregársele» (pág. 130). El proceso que la joven intenta contra el señor K. es desestimado en dos oportunidades. De la escena al borde del lago —Dora tiene entonces dieciséis años—, Freud dirá: «Una muchacha normal (. . .) habría resuelto por sí sola unos asuntos de esa clase» (pág. 138). En cuanto a la otra escena, de dos años antes, cuando el señor K. la atrajo a su tienda, donde la estrechó contra él y le estampó un beso en los labios, Freud sólo se quedará en un principio con la reacción anormal de la niña. Y el asco que sintió en el momento del beso lo llevará a esta conclusión: «la conducta de la niña de catorce años es ya totalmente histérica» (pág. 66).

Esta escena del beso, «la segunda en la serie pero la primera en el tiempo» (*idem*), podría haber constituido un punto

de inflexión del análisis, pero llega demasiado tarde, tanto en la historia de Dora como en la de Freud. No podía sino recordarle a este la teoría de la *proton pseudos* descrita en el «Proyecto de psicología», cinco años antes. En el caso de Emma, una escena inocua, ocurrida después de la pubertad, despierta *a posteriori* una escena anterior, verdaderamente sexual, que en la época prepuberal no había sido comprendida ni había tenido efectos. Empero, la analogía entre el caso de Emma y el de Dora no va más allá. En Dora, las dos escenas se produjeron después de la pubertad. Ella ha entendido muy bien las intenciones del señor K., y la escena de la tienda no carece de efectos. La joven guardará de ella una «alucinación sensorial»: sigue sintiendo «la presión de aquel abrazo sobre la parte superior de su cuerpo», y tiene «horror a los hombres en tierno coloquio», a quienes imagina, a la sazón, «sexualmente excitado{s}». Su propia excitación, por el contrario, es reemplazada por el displacer. «Era justo la situación que, en una muchacha virgen de catorce años, provocaría una nítida sensación de excitación sexual. Pero Dora sintió en ese momento un violento asco». Esta «pequeña escena» no hace más que retrotraer la puesta en evidencia de la aversión sexual que caracteriza a Dora y a la histeria. «Yo llamaría “histérica”, sin vacilar, a toda persona, sea o no capaz de producir síntomas somáticos, en quien una ocasión de excitación sexual provoca predominante o exclusivamente sentimientos de displacer» (pág. 66).

Freud llegará incluso a agravar el carácter sexual del «apasionado abrazo» del señor K., al suponer que el beso se acompaña de otra presión, la del miembro erecto contra el cuerpo de Dora. Mas lo que ahora trata de poner de relieve ya no es la seducción —el movimiento inicial que parte de la sexualidad adulta (el beso, el abrazo y la presión)—, sino el trayecto (el «desplazamiento hacia arriba») de la excitación sexual así provocada en un cuerpo que, según mostrará Freud a continuación, ya es erógeno. En lo sucesivo, el modelo endógeno

tendrá en el pensamiento de Freud la misma dignidad que el antiguo modelo exógeno.

«Procure usted ahora ponerla en buen camino» (pág. 64). El pedido del padre de Dora era simple: que Freud hiciera entrar en razón a su hija; en síntesis, que tratase de que los dejara tranquilos, a él y a la señora K. Veinte años después, el padre de una joven de dieciocho años, homosexual, iba a formular un pedido similar: que Freud y el psicoanálisis devolvieran a su hija «a la normalidad» (heterosexual); si la cura no funcionaba, siempre podía casarla, para intentar hacer hablar la voz del instinto.⁶ En 1900, Freud no está lejos de pensar como ese padre; la curación de la histeria también pasa «por el matrimonio y el comercio sexual normal» (pág. 121). ¿Qué otro destino puede concebir para Dora? Las fantasías de desfloración y parto, la larga meditación ante la Madonna Sixtina, la crisis de apendicitis: todos estos elementos aportados por el segundo sueño se encauzan en ese sentido. Dora está destinada a tomar los caminos del matrimonio y la maternidad, y a abandonar los de la homosexualidad. En efecto: si la intención confesa de Freud era hacerle tomar conciencia del motivo de su enfermedad (apartar a su padre de la señora K.), su intención inconsciente era quizás apartar a la joven de la señora K. Medea será repudiada y Creusa se casará con Jasón, pero no tendrá un final trágico.

En la última sesión, Freud apela a un curioso discurso. Le dice a Dora: si usted no hubiera abofeteado al señor K., si lo hubiera esperado dos años, él habría vuelto a usted, por fin divorciado. Y prosigue, retomando el motivo central de la tentación: «En verdad, si la tentación de L. [a orillas del lago] hubiera tenido otro desenlace, esa habría sido la única solución posible para todas las partes» (pág. 153). Más adelante,

⁶ Sigmund Freud, «Psychogenèse d'un cas d'homosexualité féminine», *OCP*, 15, pág. 237 {«Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920a), *AE*, 18, pág. 142}.

en un diálogo consigo mismo, ¿no es él quien se pone a soñar? «Tampoco sé si el señor K. habría logrado más de haber descubierto que aquella bofetada en modo alguno significaba un “no” definitivo (. . .) de Dora» (pág. 154). Si el señor K. hubiera insistido con sus avances y no se hubiese dejado detener por ese primer «no» —así como yo no me detengo ante el primer «no» que me opone Dora—, «el resultado habría podido ser fácilmente otro: que la inclinación de la muchacha se abriese paso en medio de todos los escollos interiores».

En la carta 255, del 14 de octubre de 1900, Freud informa a Fliess de la llegada de Dora: «El período estuvo animado, ha vuelto a traer un caso nuevo, de una muchacha de dieciocho años, que se desenvuelve sin tropiezos para la presente colección de Dietrich». En los primeros días de la cura, Dora es un caso banal de histeria con los síntomas de conversión habituales, que le permitirán a Freud profundizar en la cuestión de las «condiciones orgánicas» de esa afección y proponer el concepto de «solicitud somática».

Un año antes del inicio de la cura, el 11 de octubre de 1899, Freud le escribe a Fliess (carta 219): «Es asombroso, eso trabaja en el piso inferior. Una teoría sexual [*Sexualtheorie*] acaso sea la sucesora inmediata del libro de los sueños». Otras cartas de ese mismo año harán referencia a esta teoría sexual en gestación, algunos de cuyos fragmentos se redescubrirán en Dora: la primacía de la homosexualidad masculina en los dos sexos (carta 220) o el autoerotismo (carta 228), que la joven encarnará notablemente con el chupeteo y la masturbación infantil.

Dora conserva el recuerdo visual de haber sido una «chupeteadora»: «estaba sentada en el suelo, en un rincón, chupándose el pulgar de la mano izquierda, mientras con la derecha daba tironcitos al lóbulo de la oreja de su hermano, que estaba ahí quieto, sentado» (pág. 91). Esta escena tendrá su transposición teórica en un párrafo de los *Tres ensayos*. . . dedicado al chupeteo: «Una pulsión de prensión que emerge al

mismo tiempo suele manifestarse mediante un simultáneo tironeo rítmico del lóbulo de la oreja y el apoderamiento de una parte de otra persona (casi siempre de su oreja) con el mismo fin». ⁷ En Dora, el chupeteo de sus primeros años es una «manera completa de autosatisfacción», que se acompaña de una primera manera de satisfacción masturbatoria (el tironeo rítmico).

Los labios son, pues, la «zona erógena primaria» de Dora. En la escena de la tienda han sido excitados de nuevo por el beso, pero, dado que esta zona erógena ya estaba «mal acostumbrada (. . .) por el chupeteo infantil», el placer normalmente esperado se ha transformado en displacer a causa de la represión de «la zona erógena de los labios» (pág. 68). «En lugar de la sensación genital que en tales circunstancias una muchacha sana no habría dejado de sentir, le sobreviene la sensación de displacer [en el nivel de la zona bucofaríngea] propia de la mucosa del tramo de entrada del aparato digestivo, vale decir, el asco» (pág. 67).

La otra reconstrucción —no comunicada a Dora— es la que sexualiza por entero la escena, al suponer otro «contacto» entre el órgano genital masculino y el órgano genital femenino («la presión del miembro erecto contra [el] vientre»). «Esta percepción repelente para ella fue eliminada en el recuerdo, fue reprimida y sustituida por la inocente sensación de la presión en el tórax». Ya no queda sino determinar el lugar preciso del cuerpo que probablemente ha sido excitado de tal modo. Freud no lo duda: es el clítoris. «La presión del miembro erecto tuvo probablemente por consecuencia una alteración análoga en el correspondiente órgano femenino, el clítoris» (pág. 68). ¿Por qué el clítoris? Porque es el «órgano femenino» externo y porque Freud ha decretado que es él, conforme le escribe a Fliess en la carta 146: «Me refiero a la zona genital masculina, la región del clítoris, en la que duran-

⁷ Sigmund Freud, *Trois essais sur la théorie sexuelle*, OCP, 6, pág. 115 {*Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), AE, 7, pág. 163}.

te la infancia aparece concentrada la sensación sexual de la “mujer” también».

En lo sucesivo, para él se tratará de establecer, en la historia de Dora, la prueba de una masturbación infantil cuyo sustituto serán los síntomas histéricos (pág. 116). Ahora bien: el primer síntoma histérico de Dora es el asma nerviosa, que le sobrevino cuando tenía ocho años. La «mudanza» —es decir, la represión— se remontaría, por lo tanto, a ese período sexual antiguo. La conexión entre la «disnea» de la niña y el «jadeo» en la respiración del padre se efectúa con rapidez: Dora habría espiado el comercio sexual de los padres. «Bajo la influencia de la coexcitación que le sobrevino esa vez, muy bien pudo producirse el ímpetu subvirtiente en la sexualidad de la pequeña, quien substituyó la inclinación a masturbarse por la inclinación a la angustia» (pág. 122). Una nota revela el fondo del pensamiento de Freud: antes de la represión, Dora era masturbadora y masculina («salvaje»); después de la represión, se ha vuelto histérica y femenina («tranquila y decente»). «La contracción de esta enfermedad marcó en ella la frontera entre dos fases de la vida sexual; de ellas, la primera tuvo carácter masculino, y la segunda, femenino» (pág. 124, *n.* 29). La retraducción sexual de la escena (el pene y el clítoris) y, posteriormente, la periodización sexuada (masculino y femenino) son elementos de la teoría sexual de Freud, una teoría sexual «masculina» a la que no se muestra dispuesto a renunciar.

La escena del chupeteo y el tironeo ya dejaba traslucir la «inclinación a masturbarse», pero, como tal, la masturbación «no se le descubrió» (pág. 123, *n.* 27) hasta que Freud obtiene la «confesión» y Dora la deja ver *de otra manera*. La joven ya ha mimado el «secreto» en una primera acción sintomática. Freud descubre ese secreto en la enuresis y el *fluor albus*, que ella procuraba justamente disimular sustrayéndose a todos esos médicos que preguntan y examinan (pág. 120). Sí, volvió a mojar la cama «en época relativamente tardía». Sí, tuvo un «catarro» (la leucorrea o, como prefiere denominarla Freud,

el *fluor albus*). Freud se apodera inmediatamente de ese dato: «Le salí al paso asegurándole que el *fluor [albus]* de las jóvenes solteras era, a mi juicio, indicio preferente de masturbación» (pág. 118).

Empujado a probar la masturbación, Freud interrumpe la ilación de pensamiento anterior de Dora: la madre tiene un «catarro», que el padre, con su enfermedad venérea (sexuada), le ha contagiado. «Comprendí entonces que tras la ilación de pensamiento que acusaba expresamente al padre se escondía, como es habitual, una autoacusación [y le] salí al paso. . .». Una vez más, al volver de inmediato la acusación en contra de Dora, Freud evita al padre sexual y culpable, y antes que la enfermedad sexuada de este, prefiere el asco histérico ligado a «la secreción anormal de la mucosa de la vagina» (pág. 126).

Las asociaciones del sueño precisarán la ilación de pensamiento de Dora, así como la de Freud. «“Soy la hija de papá. Tengo un catarro como él. Él me ha enfermado, como enfermó a mi mamá. De él tengo las malas pasiones que se expían por la enfermedad”» (pág. 125). Dora acusa confusamente; sólo sabe que su padre ha «contagiado» (*übertragen*) su enfermedad sexuada a su madre y a ella misma, sin diferenciar con claridad entre una transmisión hereditaria y una transmisión por comercio carnal (pág. 117). Sífilis o gonorrea, el distingo no es importante; la enfermedad del padre únicamente puede ser, a imagen de la suya, un «asqueroso flujo». Dora se interroga sobre la *transmisión* del *mal sexuada* por el padre.

Sin embargo, para Freud, el asqueroso flujo aporta «otra motivación» al asco experimentado durante la escena del beso; es el asco ligado al *fluor albus* el que ha sido «transferido» (*übertragen*) al contacto con el hombre (pág. 127). Freud sigue aquí su propio razonamiento: la conversión que origina el síntoma ya se definía como la «transferencia» de la excitación psíquica a lo corporal (pág. 93); la *transferencia* designa ahora el desplazamiento al cuerpo de Dora —y la proyec-

ción— del *mal sexual* ligado a la masturbación y las «malas pasiones».

Algunos días después de mimar el secreto, Dora ejecuta otra acción sintomática. Lleva por esta única vez una carterita colgada del cinturón: «la abría, introducía un dedo, volvía a cerrarla» (pág. 118). Para Freud es fácil: ese gesto es una «comunicación pantomímica» —«sin duda desenfadada, pero inconfundible», precisa— de la masturbación, pero, entretanto, la pantomima de Dora ha pasado por el catarro que afecta la mucosa de la *vagina*, y la carterita es «bivalva».

El 5 de noviembre de 1899, Freud le había escrito a Fliess (carta 222): «Acerca de la teoría sexual, me habría gustado escribirte porque tengo algo que es verosímil y se confirma en la práctica, pero con lo + + + femenino no atino todavía a nada». No se tiene la certeza de que haya atinado a algo después de la redacción del caso de Dora. Lo femenino, precedido de las tres pequeñas cruces que lo conjuran, es el verdadero demonio no del todo domeñado en el análisis de la joven. La facilidad con que Freud retraduce para ella las diversas «agencias representantes» del órgano genital femenino (la habitación, el alhajero, la carterita, las ninfas) no cambia nada en la cuestión. Detrás de toda esta simbólica sexual se oculta, en realidad, el otro interrogante: ¿qué pasa con la mujer, con su sexualidad y su goce? El interrogante recibe respuestas contradictorias, que demuestran que Freud no tiene en claro la identidad sexuada de Dora. Esta sigue siendo equívoca: *indiferenciada* en la primera actividad autoerótica del chupeteo, (teóricamente) *masculina* en la masturbación infantil, (manifiestamente) *femenina* en la pantomima con la carterita, *masculina-femenina* en la homosexualidad ginecófila.

En los *Estudios sobre la histeria*, cada una de las historias de enfermos era seguida por una «epicrisis» que la resumía y comentaba. En «Dora», donde la palabra teórica de Freud se inmiscuye constantemente en el relato, un pasaje podría muy bien constituir la verdadera «epicrisis» del caso; en él, Freud

anuda los dos hilos de la historia, el del amor inconsciente reprimido y el de la sexualidad infantil: «si Dora se siente incapaz de ceder al amor por ese hombre, si llega a reprimirlo en vez de entregárselo, con ningún otro factor se entrama esta decisión de manera más íntima que con su prematuro goce sexual y sus consecuencias, el mojarse en la cama, el catarro y el asco» (pág. 130). Si Dora, convertida en mujer, «se siente incapaz» de ceder a la tentación amorosa que la empuja hacia el señor K., es porque ha conocido de niña, demasiado pronto y con demasiada intensidad, el goce sexual. El goce sexual prematuro de la masturbación ha dejado huellas externas e internas: el flujo que *moja* la cama, el flujo del *fluor* blanco y el flujo del asco que *refluje* a los labios, ya «mal acostumbrados» por el chupeteo. El desborde sexual infantil prácticamente no deja alternativa a Dora: «o bien la plena entrega a la sexualidad, sin resistencia alguna y lindante con lo perverso, o bien, por reacción, su desautorización y la contracción de una neurosis».

Freud lo ha enunciado en las palabras preliminares. La histeria impone develar «las intimidades de la vida psicosexual» (pág. 42). En ese sentido, el análisis de Dora es, a su juicio, un éxito: el secreto —la masturbación infantil— ha sido descubierto; pero sucede también que este análisis sigue obedeciendo a un antiguo modelo médico. «Reclamaré para mí simplemente los derechos del ginecólogo —o, mejor dicho, unos mucho más modestos—» (pág. 43), escribe Freud: esto es, derechos que no implican otra puesta al desnudo, otra desnudez, que la efectuada por su interrogatorio. Esta afirmación de los «derechos» del médico se formula casi en los mismos términos en un texto escrito a comienzos de 1898: «El médico, oigo decir, no tiene ningún derecho a inmiscuirse en los secretos sexuales de sus pacientes, a herir groseramente con ese examen su pudor (. . .). La lesión del pudor en que de ese modo incurre no es diversa ni más enojosa, se diría, que la inspección de los genitales femeninos por él emprendida para

curar una afección local». ⁸ En el caso de Dora, Freud no necesitará el examen físico; la sola autoridad de su palabra médica revelará la afección local.

En cuanto al riesgo de lesionar el pudor de Dora o de «cromper» a una «muchacha sin experiencia», la objeción queda invalidada mediante un argumento inédito: «cuando en lo inconsciente no hay conocimiento alguno sobre procesos sexuales, tampoco se produce ningún síntoma histérico» (pág. 89). Por definición, el histérico sabe ya en lo inconsciente, y el analista no hace sino «transponer a lo consciente». A la presión ejercida por su palabra, Freud puede, en consecuencia, unir lo que llama sus «artes (. . .) de traducción» (pág. 162), a veces intempestivas (la supuesta fantasía de *fellatio*), o acompañarla, como se verifica en varios momentos, de cierto apresuramiento para interpretar.

La escena de la orilla del lago había sido seguida, un día después, por un episodio mucho más relevante. El señor K. había entrado al dormitorio donde Dora estaba adormecida, a la hora del almuerzo. Luego había hecho desaparecer la llave de la habitación, por lo cual podía, los días ulteriores, volver a entrar a ella, por ejemplo en el momento del aseo de la joven. En consecuencia, esta se vestía siempre con mucha rapidez, como en el sueño. A Freud no se le escapa que este sueño de advertencia (dejar la casa de los K., donde «mi virginidad corre peligro»), soñado de nuevo y contado dos años después en medio del análisis, tiene una significación transferencial: dejar la cura en la que otro hombre amenaza con descifrar mi secreto. Sin embargo, ocupado, en un primer momento, en rastrear la fuente infantil (la enuresis y la masturbación) y la fuente actual (el hombre tentador) del sueño, y deseoso, en el segundo momento del epílogo, de hacer de la «transferencia» una adquisición técnica y teórica, Freud no agotará esa nueva significación en relación con su persona.

⁸ Sigmund Freud, «La sexualité dans l'étiologie des névroses», *OCP*, 3, pág. 218 {«La sexualidad en la etiología de las neurosis» (1898a), *AE*, 3, págs. 257-8}.

Dora, tendida en el diván —así como se «había acostado sobre el sofá» el día en que el señor K. entró a su habitación—, cuenta su sueño a un hombre que la persigue, él también, con sus «asiduidades» interpretativas. Ese hombre, que «arde» con una pasión amenazante en su intención de descubrir toda la verdad, y no deja de repetir que «donde hay humo, hay fuego», es también el «hombre de las llaves», poseedor del «pasaporte» que permite inmiscuirse en las intimidades de la vida sexual. Freud lo escribe con total transparencia: «El que se niegue a reconocerlo jamás podrá descubrir esa clave [de la sexualidad]».